

La transición emocional en los movimientos sociales. El caso de la PAH

Ferran Giménez Azagra

UNIVERSITAT DE BARCELONA

ferran21_2001@yahoo.com

ORCID: 0000-0002-1163-0986

Recibido: 25/06/2018

Aceptado: 07/01/2019

RESUMEN

Desde la asunción de la sociedad neoliberal como proyecto político, de subjetividad y de afectividad, encontramos algunos movimientos que, surgidos en contextos específicos de precarización social, desarrollan procesos de transición emocional para combatir el control social ejercido por la gestión de la afectividad, vinculado al manejo diferencial de las desigualdades. Así, se dan «espacios de afectividad» que posibilitan esta transformación emocional, que a su vez permite construir la propia acción colectiva. Estos espacios, para que sean efectivos, deben configurarse como cadenas de rituales de interacción, que utilizan el cambio emocional como base del cambio social. El presente artículo se edifica desde el análisis documental y el estudio etnográfico desarrollado entre 2013 y 2018 en distintas asambleas y acciones de la plataforma de afectados por la hipoteca, la PAH, de varios municipios de Cataluña. Se han utilizado las técnicas de la observación participante, grupos de discusión y entrevistas en profundidad a activistas de los colectivos.

Palabras clave: ritual de interacción, acción colectiva, emociones, transición emocional.

ABSTRACT. *The Emotional Transition in Social Movements. The case of PAH.*

We find that some fractured societies, in grappling with Neo-Liberalism as a political project, embark on an emotional transition to win hearts and minds for new, fairer policies to tackle inequalities. Thus, there are what one might term 'affective spaces' that facilitate this emotional transition, thereby allowing the building of collective action. For these spaces to work well, they must be configured as chains of interaction rituals, which use emotional change to drive social change. This paper is based on a documental analysis and an ethnographic study carried out between 2013 and 2018 in several assemblies of and actions taken by the PAH (a platform for those affected by home foreclosure) in several Catalan municipalities. It was conducted by participatory observation, focus groups and in-depth interviews with activists.

Keywords: ritual of interaction, collective action, emotions, emotional transition.

SUMARIO

Introducción

Cadenas de rituales de interacción como modelo de transición emocional

Nota metodológica y contextual

Emociones implicadas en la transición

Fases de la transición emocional

- Acumulación
- Acogida emocional
- Reparación emocional
- Activación contenciosa

Conclusiones

Autor para correspondencia / Corresponding author: Ferran Giménez Azagra. Departament de Didàctica i Organització Educativa. Universitat de Barcelona. Campus Mundet. Ed. Llevant, 2ª planta. Passeig de la Vall d'Hebron, 171. 08035 Barcelona (España)

Sugerencia de cita / Suggested citation: Giménez Azagra, F. (2019). La transición emocional en los movimientos sociales. El caso de la PAH. *Debats. Revista de cultura, poder y sociedad*, 133(1), pp. 131-143. DOI: <http://doi.org/10.28939/iam.debats.133-1.13>

INTRODUCCIÓN

La atención sociológica a las emociones ha ido aceptándose y ampliándose hasta el punto de que la sociología de las emociones se asume ya plenamente como disciplina propia. En su aplicación en el campo de los movimientos sociales, se han superado concepciones instintivas sobre la irracionalidad o la separación artificial de emoción y razón (instrumental o sustantiva) en la construcción de la acción colectiva. En este sentido, Jasper (1997) abrió el camino al precisar que la cognición, la moral y la emoción son elementos analíticamente separables.

Sin embargo, no existe todavía una articulación teórico-metodológica suficiente que habilite modelos explicativos sobre cómo se usan las emociones en los movimientos sociales para generar procesos de acción colectiva. Por ello, la intención es perfilar aquí la existencia de procesos de transición emocional vinculados a espacios de afectividad que, tomando forma de cadenas de rituales de interacción, se constituyen en base generadora de la movilización. Pero antes de desplegar la reflexión empírico-teórica, hay que aceptar una serie de premisas.

En primer lugar, hay que definir los contextos de precarización social como condición estructural de desposesión, relacionada con una condición social de vida y trabajo sin seguridad ni predictibilidad, pero sobre los imperativos de «flexibilidad, disponibilidad, multilocalidad i movilidad en el tiempo y el espacio» (Ricceri, 2011: 68). Esta realidad objetiva debe situarse bajo el poder neoliberal. Este se presenta como proyecto político y como subjetividad (Lazzarato, 2006). Así, la dominación se enmascara bajo fórmulas de responsabilidad individual, de obligación moral y de confianza para garantizar la aquiescencia de los

individuos a esta realidad de desposesión. Se trata de imprimir afectividad sobre lo que no son sino formas de gestión diferencial de las desigualdades, siendo en último término formas de control social (idem).

En segundo lugar, asumir la concepción de un sujeto dual, que es sujeto reflexivo y actor social, y que, en consecuencia, combina decisiones y acciones autónomas y críticas con otras configuradas desde las particularidades de cada situación de interacción social, en base a determinadas normas, códigos y valores grupales o sociales.

En tercer lugar, y resultado de lo anterior, aceptar que la contestación a dicha afectividad de dominación es también una tarea política que se desarrolla en paralelo a la producción de una afectividad alternativa. Así, la práctica político-contenciosa requiere de la emergencia y gestión de emociones vitalizantes en el seno del movimiento social a fin de conseguir no solo una liberación cognitiva sino también afectiva.

CADENAS DE RITUALES DE INTERACCIÓN COMO MODELO DE TRANSICIÓN EMOCIONAL

La propuesta teórica de Collins (2009) nos dibuja una sociología situacional donde el ritual se conceptualiza como «mecanismo que enfoca una emoción y una atención conjuntas, generando una realidad temporalmente compartida» (2009: 21). Se trata de una unidad temporal, un encuentro «entre cuerpos humanos cargados de emociones y conciencia por efecto de las cadenas de encuentros vividos anteriormente» (2009, 18). Los sujetos, los actores, transitan así por una realidad social concebida como mercado emocional en el que se desplazan entre

diversas situaciones de interacción en función de su carga de energía emocional, siendo ante todo un proceso corporal. El trabajo del actor es la búsqueda de rituales de la mayor intensidad emocional posible, hasta dominar todas las arenas institucionales y no institucionales.

Así, un Ritual de Interacción (RI) debe presentar varias características: a) encuentro físico directo de dos o más personas dentro de un mismo lugar, de modo que su presencia les afecte recíprocamente, estando o no presentes en el primer plano de su atención consciente; b) barreras excluyentes que transmiten a los participantes la distinción entre quién participa y quién no; c) atención compartida sobre un mismo objeto, que al comunicarlo entre sí, posibilita una conciencia conjunta en su foco común; y d) experiencia emocional, un estado anímico compartido por los participantes (Collins, 2009: 72).

El proceso, si funciona satisfactoriamente y no resulta forzado ni fallido, como sucede en algunos rituales, cristaliza entonces en forma de consonancia entre atención y emoción compartidas, siendo una experiencia emocional y cognitiva colectiva. Collins describe los efectos del ritual de interacción de forma precisa: a) calidad de miembros, emoción social; b) energía emocional individual en forma de confianza, entusiasmo e iniciativa para la acción; c) creación de símbolos que representen al grupo, ya sean palabras, gestos o iconos; y d) moralidad compartida, lo correcto es participar del grupo, con el respeto y la defensa de sus símbolos, y la vulneración de la solidaridad grupal es improbable (Collins, 2009: 73).

Esto encarna un modelo motivacional en el que los cuerpos buscan cuerpos a fin de compartir momentos de efervescencia colectiva, en un continuo material-social licuado por la consonancia emocional. La energía emocional y colectiva generada por esta triple confluencia, corpórea, emocional y cognitivo-simbólica, es la que otorga al ritual su papel transformador, de cambio social, desde el contexto de lo microsocioal, de las interacciones cada a cara. Así, Collins (2009: 66) afirma: «La experiencia ritual intensa crea objetos

simbólicos nuevos y genera energías que impulsan los mayores cambios sociales. El RI es un mecanismo de cambio». En este punto hay que preguntarse cuáles son las emociones que participan en estos rituales y de qué forma perfilan el camino de la transición emocional y, por tanto, de la propia movilización social.

NOTA METODOLÓGICA Y CONTEXTUAL

El análisis que aquí se presenta parte de una perspectiva socioconstruccionista de las emociones (McCarthy, 1994; Enciso y Lara, 2014) que defiende que las emociones existen porque se construyen socialmente. Este proceso de configuración se da a tres niveles (Boiger y Mesquita, 2012): el de las interacciones momento a momento, el de las relaciones y, englobando a ambos, el del contexto sociocultural, entendido como marco que modela y limita los significados y expresiones consentidos de las emociones, es decir, las normas sociales de la emoción (Kemper, 1981). En este sentido, se considera la situación (Miles y Huberman, 1984) como una unidad de análisis en la que las emociones se expresan a través de las prácticas, el lenguaje y la interacción social. Estas situaciones corresponden a la asamblea y a las acciones del repertorio de protesta, definidas como acontecimiento (Dubet, 2010; Lazzarato, 2006), es decir, como momento de apertura a nuevas formas colectivas de relación y de interpretación de la realidad social, una reformulación de prioridades individuales y colectivas. Finalmente, los datos se analizan desde una perspectiva hermenéutica basada en la teoría fundamentada (Glaser y Strauss, 1967; Charmaz, 2006), como forma de «aproximación inductiva en la que la inmersión en los datos sirve como punto de partida del desarrollo de una teoría sobre un fenómeno» (Guillemette, 2006).

Este estudio de caso surge de una parte del trabajo de campo efectuado en el marco de una tesis doctoral entre 2013 y 2015. No obstante, el trabajo se amplió posteriormente hasta el 2018. En total, se han utilizado quince entrevistas realizadas en profundidad a varios activistas (once mujeres, cuatro hombres) de cinco asambleas locales de la PAH (Barcelona,

Girona, Badalona, Blanes y Sant Celoni) y un grupo de discusión con cuatro activistas de la PAH Baix Montseny (Barcelona) y dos de la PAH Blanes (Girona). En relación a la observación participante, se da una participación directa en múltiples asambleas de formato diverso (de coordinación, generales, de casos nuevos, de comisiones de trabajo y comarcales). De la misma manera se participa en acciones de protesta, como ocupaciones bancarias, escraches plásticos en sucursales de bancos,¹ señalamiento de pisos vacíos, concentraciones, manifestaciones, ferias sociales alternativas, celebraciones y encuentros informales. Esta participación se desarrolla de manera intermitente, con alternancia de periodos de alta y baja intensidad entre 2013 y 2018. La etnografía se completa con un análisis documental de material producido por los colectivos, como manifiestos, manuales de acción colectiva, de obra social y notas de prensa en las mismas fechas.

La justificación de la elección de la PAH radica esencialmente en dos consideraciones. La primera, encarnar de forma significativa a individuos situados en un contexto de precarización dominado por la desposesión del derecho a la vivienda, un contexto de pérdida de su hogar. La segunda, la evidencia de la centralidad de las emociones en la construcción de su acción colectiva, constatada en la primera parte del trabajo de campo (2013-2015). En este sentido, cabe destacar que lo que motiva este escrito viene dado por algunos de los resultados de la tesis doctoral, que, desde la perspectiva del análisis del discurso (Conde, 2009), constatan traslaciones muy relevantes entre dos campos semánticos alrededor de dos posiciones discursivas, la de víctima-afectado y la de afectado-activista, y que, entre otras, se nutren de una agencia discursiva de carácter emocional (Giménez, 2017). Es desde esta consideración desde donde se edifica la hipótesis de transición emocional del presente trabajo.

1 Es una acción colectiva consistente en empapelar una sucursal con carteles reivindicativos y pegatinas, por dentro y por fuera si es posible.

Por otro lado, considero necesario aportar unos datos básicos al lector sobre el movimiento social objeto de estudio. La Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH) es un movimiento configurado en Barcelona en 2009, procedente de V de Vivienda, y que se extiende progresivamente por todo el Estado. Su finalidad se enmarca en la defensa del derecho a la vivienda, si bien el grueso de sus acciones se ha encaminado a la defensa de la propiedad, concretamente, de personas que tenían y tienen problemas para pagar la hipoteca de su vivienda. En un proceso de creciente complicación de la organización, cada asamblea local mantiene una autonomía notable para decidir estrategias y acciones en defensa del derecho a la vivienda de sus miembros. El hecho de que hayan producido una amplia variedad de manuales (para diseñar acciones, para obra social, para negociar con bancos, para detener desahucios, etc.) permite una gran democratización, en el sentido de que en cada municipio el grupo promotor puede desarrollar una asamblea desde el aprendizaje colectivo, sin responder estrictamente a criterios predeterminados por la estructura superior de la PAH, ya sea autonómica o estatal.

Pero ¿qué clase de gente acude a la PAH? En su inmensa mayoría, quitando los grupos promotores, que suelen representar a comunidades de memoria, militantes o antiguos militantes de otras organizaciones políticas y sindicales, las activistas son mujeres adultas, con capital escolar y político limitado, con una fuerte presencia de mujeres migradas, en situación de precariedad laboral y que no han transitado anteriormente por caminos de socialización política. Si bien es cierto que hay hombres que participan, la mayor relevancia —liderazgos, comisiones— e intensidad en la participación corresponde, en general, a las mujeres.

EMOCIONES IMPLICADAS EN LA TRANSICIÓN

Más allá de la tipología de las emociones presentada por Goodwin y Jasper (Goodwin et ál., 2004; Jasper, 2006a), lo que interesa aquí es la forma en que estas se relacionan con la acción política, más concretamente, con la acción colectiva contenciosa. Lejos de una

concepción reactiva —casi automática— de las emociones, pero también de una cierta conciencia reflexiva excesivamente deliberada, las emociones constituyen una forma de tratamiento de la información, tal vez más rápida que la de nuestra mente consciente (Leventhal y Tomarken, 1986). Según Nussbaum (2001: 23): «Las emociones siempre implican la idea de un objeto junto con la idea de su prominencia o importancia; en este sentido, siempre involucran apreciación o evaluación». Las emociones tienen, pues, una función reguladora y estratificadora a la hora de perseguir determinados objetivos, lo cual las convierte en elementos estratégicos por su impacto en el desarrollo de la acción colectiva. Desde este prisma, Jasper (2006b) propone cinco objetivos humanos: reputación, vínculo, sensualidad, impacto sobre el mundo y curiosidad, que afirma que participan y se hacen visibles en los movimientos sociales. No obstante, esta investigación se centra en las emociones asociadas a la reputación, el vínculo y el impacto sobre el mundo, dada su relevante presencia en los procesos de construcción de la movilización, así identificadas en el trabajo de campo.

La reputación, definida como «inquietud por el honor debido, el orgullo y el reconocimiento de la propia humanidad» (Honneth, 1995), se desarrolla a través de la batería moral orgullo-vergüenza,² como respuesta ante procesos de control afectivo que implican el miedo (Gould, 2001, 2003, 2009) y que constituyen situaciones de amenaza a la concepción de dignidad humana del individuo. Hablamos entonces de dos emociones morales, ya que implican un juicio de valor sobre el objeto al que se atribuyen. En segundo lugar, el vínculo, entendido como sentimiento de pertenencia, como la conciencia de formar parte de un grupo, se evidencia mediante el amor y el entusiasmo, que además crean lealtades afectivas fundamentales para la participación y el mantenimiento en el tiempo de la

acción colectiva (Jasper, 1998; Polletta y Jasper, 2001; Flesher Fominaya, 2010). Finalmente, el impacto se relaciona con las expectativas de la acción, siendo la esperanza, la confianza y, vinculada a estas emociones, la capacidad de agencia (Wood, 2003), sentir colectivo de que su acción inmediata tendrá éxito y que además será el medio de las acciones futuras, hasta conseguir los objetivos marcados. Hay que recordar que las emociones pueden activarse por un juego de contrarios, que es en sí un juego de suma cero: entusiasmo/desinterés, esperanza/deseesperanza, confianza/desconfianza.

El tránsito emocional que el sujeto realiza a través de su participación en el movimiento social se perfila dentro de un marco temporal en cuatro fases. Ahora bien, cada trayectoria individual particulariza la intensidad y duración de cada una de ellas, siendo asimismo posible que en algún caso no se complete dicha transformación. Así, se da una primera fase de acumulación derivada de la situación de agravio y amenaza; una segunda fase de entrada al movimiento que es a la vez de acogida emocional; la tercera, referida a la reparación emocional, y una cuarta de activación contenciosa.

FASES DE LA TRANSICIÓN EMOCIONAL

Acumulación

Esta primera fase se desarrolla fuera del movimiento social. El individuo está sometido a la lógica de dominación neoliberal, bajo su forma de subjetividad y control afectivo vinculado a distintas posiciones de precariedad y, por tanto, de vulnerabilidad social (Lazzarato, 2006; Giménez, 2018).

Las activistas de la PAH se encuentran sujetas a procesos de ejecución hipotecaria, es decir, de pérdida de la vivienda en propiedad, una situación vivida como fracaso vital, una amenaza a su mundo de vida que proyecta sobre el actor social vergüenza, culpa, responsabilidad y aislamiento (Giménez, 2017). Como señala GD1D1:³ «Cuando tú ves a esa persona que

2 Jasper (2012) define «batería moral» como una categoría consistente en la combinación de dos emociones opuestas; el contraste y tensión entre ellas incentiva al individuo hacia la acción. La batería más estudiada ha sido la del orgullo-vergüenza, a partir de estudios de movimientos de gays y lesbianas.

3 Véanse los códigos de entrevistas y grupo de discusión.

viene, cuando llega, que está en un estado de ánimo por los suelos, medio llorando, perdida, que no sabe por dónde tirar». Se trata de un ataque a su reputación como objetivo vital, a su honor, un ataque vivido como amenaza, como pérdida o como discriminación. Una vulnerabilidad que encarna el truncamiento de expectativas vitales, una negación contundente de la autodeterminación del sujeto. La condición social de precariedad vital se relaciona, como se ha comentado al inicio, con la necesidad de garantizar el control social a través de la aceptación y la obediencia interna de los sujetos frente a la situación de desigualdad. Así, asistimos a un ciclo de movilización en el que muchas de estas posiciones sociales se autoorganizan y luchan contra su parcela de vulnerabilidad, ya que la condición de desposesión va ligada a su condición de trampolín para la resistencia y la emancipación (Schierup y Bak Jørgensen, 2016). En esta línea, encontramos el Sindicato de Trabajadoras del Hogar (Sindihogar), el colectivo de los yayoflautas, la Asociación de Camareras de Piso, Las Kellys, o también el Sindicato de Manteros de Barcelona, por mencionar algunos de los más activos en la lucha contra la precariedad. Estos encarnan igualmente el truncamiento de expectativas y un sentimiento compartido de ataque a su dignidad como ciudadanos y seres humanos.

Por tanto, hablamos de individuos anclados a posiciones sociales de precariedad, profundamente marcados por el proyecto neoliberal, consecuencia de la gestión diferencial de las desigualdades desplegada por los dispositivos económicos y sociales: el estado de bienestar y el salariado (Lazzarato, 2006). Estas posiciones se definen, pues, por la fragilidad, el aislamiento y la responsabilidad sobre el individuo, constituyendo así una lógica interna de dominación, que actúa desde dentro de cada sujeto, proyectando emociones negativas que lo atenazan y lo hacen obediente.

Llegados a este punto, ¿qué es lo que provoca que un individuo sujeto a emociones paralizantes decida participar en un movimiento social? Según Dubet (2010), este salto se produce cuando el individuo, en tanto que actor ético, vive una experiencia de

inadecuación, una disonancia con las lógicas de dominación que impiden el desarrollo de su autonomía como sujeto. Pero desde la óptica emocional se plantea la hipótesis de la necesidad de reputación como objetivo vital, es decir, la irremediable conexión entre la culpa y la vergüenza con el orgullo, en forma de batería moral (Jasper, 2012), como principal mecanismo de incitación a la participación. Una vez el individuo da el paso de acercarse y de participar del movimiento, comienza la siguiente fase.

Acogida emocional

Los primeros contactos suelen ser conversaciones informales con algún miembro del colectivo, o incluso un encuentro fortuito en un acto público o acción de protesta (concentración, ocupación, charla). Sin embargo, al llegar a la asamblea, definida como situación y como acontecimiento, es donde los procesos de acogida emocional se abren y se desarrollan más claramente. Y por ello es donde se inicia el ritual de interacción que permite la transformación emocional entre unas emociones iniciales detractoras y debilitantes hacia otras vitalizantes y activadoras de la acción individual y colectiva. Es decir, el proceso de construcción de una agencia emocional del movimiento. Pero, ¿por qué se puede decir que la forma ritual empieza en la asamblea?

En primer lugar, siguiendo los criterios marcados por Collins (2009), se produce un encuentro físico de un grupo de personas, en un mismo lugar, con una atención y una comunicación compartidas sobre un mismo objeto: una situación de vulnerabilidad social en alguna de sus formas (ejecución hipotecaria, desahucio, residencia irregular, situación crónica de desempleo). Son experiencias intensas que remiten a elementos nucleares de la vida de las personas y que, en consecuencia, generan una profunda respuesta cognitiva y emocional en los individuos que las sufren. En palabras de PAH1:

Vemos muy importante el recibimiento, es decir, que cuando entran... descubran, es decir, quitarles la mochila de carga y de culpa que

llevan, hay mucha gente que se siente culpable, te has endeudado, que se quiten la mochila, tranquilizar, hay gente que llega totalmente deshecha, tranquilizar, darles un poco de fuerza y que el colectivo, es decir, no están solos, su problema no es suyo, él no es malo, es el sistema el que ha provocado que él o ella se encuentren así, por tanto, quitarte esa culpa, solucionémoslo, ¿eh?

De esta manera se facilita una mayor empatía, un sentimiento casi espontáneo de comunidad de sufrimientos compartidos, entre los individuos que participan en las asambleas, que dibuja una frontera simbólica entre quién está dentro de la asamblea y quién está fuera de ella.

Al margen de que cada uno de los individuos sea plenamente consciente de todos los individuos presentes en la asamblea, esta conciencia común sobre un mismo objeto cognitivo-simbólico habilita una experiencia emocional compartida, elemento fundamental para generar energía emocional, que es la base del cambio. Hablamos, por tanto, de la asamblea como una situación de interacción ritual, un espacio de copresencia corporal y un acontecimiento donde se gestan y se desarrollan procesos simbólicos, culturales, cognitivos y emocionales que operan en la transformación colectiva sobre la base de una experiencia compartida.

En segundo lugar, tal como se ha mencionado anteriormente, el éxito transformador del ritual radica en su capacidad de generar una energía emocional de tal intensidad que posibilite momentos de efervescencia colectiva, situaciones catárticas de fusión de lo corpóreo, material y social que deriven en un magma de consonancia emocional. La energía emocional colectiva generada por la triple confluencia corpórea, emocional y cognitivo-simbólica es la que otorga al ritual su papel transformador. Así, la entrada en la asamblea es sobre todo un momento de descarga emocional, es el momento en el que el individuo se enfrenta públicamente a su yo sometido, marcado por la dominación neoliberal, a la vergüenza y la culpa que amenazan su orgullo de vida, su reputación

humana. En las asambleas de acogida, la persona recién llegada se levanta de la silla, coge el micrófono y explica su caso. Es una explicación emocional, ni política ni estratégica. Narra las amenazas del banco por no pagar la hipoteca, cómo le decían que le quitarían a sus hijos, la situación de impotencia por llevar años en el paro, o la indignidad de vivir en una infravivienda.⁴ Esta es una emocionalidad comprendida y compartida por el resto de participantes, un momento de reconocimiento colectivo, de uno de los nuestros, de un compañero, pero también de una *kelly* o de una *sindi*. Entonces la persona llora, farfulla, se avergüenza, se queda callada unos instantes y el grupo la aplaude, le grita: «¡Vamos, Ángeles!, ¡sí que se puede!, ¡no estás sola!». Algunos incluso se levantan y la abrazan, la animan, la acompañan. Como señala en la entrevista PAH2: «Es el valor que tiene la asamblea, es el empoderamiento, es una *mica* el alcohólicos anónimos, ¿no?».

Esta primera situación de interacción grupal sublima la materialidad de los cuerpos, de los objetos y del espacio, así como sus disposiciones y expresividades, reconvirtiendo todos estos elementos en una continuidad de energía emocional compartida, de consonancia emocional, como ya se ha señalado. El acompañamiento, la descarga y el sosiego inauguran el camino en el que la vergüenza, la culpa, el aislamiento y el miedo, provocados por la amenaza sobre el honor y la dignidad, transitan y mutan hacia sus contrarios emocionales.

Reparación emocional

Se trata de la recuperación de la reputación dañada, siguiendo el concepto de Honneth (1995). Esta reparación emocional se produce a través del desarrollo del vínculo, un progresivo despliegue y consolidación de la conciencia de pertenencia al grupo, que es paralelo al aumento de la intensidad de la participación en el movimiento. Este sentimiento de pertenencia, vinculado a la adherencia a determinadas identidades colectivas, con morfologías variables, constituye una

⁴ Son varios testimonios extraídos de la observación participando en asambleas de la PAH Gironès y la PAH Badalona en 2014.

necesidad humana básica que involucra emociones de amor (Berezin, 2001), orgullo (Scheff, 1994) y entusiasmo (Collins, 2009)». La importancia radica en que estas identidades y pertenencias múltiples generan compromisos afectivos del individuo con el grupo, lealtades afectivas (Jasper, 1998; Polletta y Jasper, 2001), que van a facilitar la asunción de las prácticas, finalidades y valores del colectivo como propios de cada individuo. Es una interiorización del yo colectivo filtrada por la reflexividad del sujeto, de tal forma que se admiten diferentes grados de adhesión frente a los elementos centrales de la identidad colectiva, así como interpretaciones particulares sobre estos, compatibles pero no totalmente coincidentes con las del colectivo.

El vínculo, la pertenencia, la identidad colectiva y toda la serie de contenidos culturales, morales, emocionales y simbólicos que comportan, son asimilados y reinterpretados por los individuos a través de la inmersión en los espacios internos de encuentro y participación de los activistas. Son espacios comunitarios, estructuras de interacción (Tejerina, 2010) que configuran redes relacionales estables de confianza y apoyo mutuo. Es la vida cotidiana del movimiento; la asistencia a las asambleas, a las comisiones de asesoramiento, los acompañamientos en las negociaciones, las ocupaciones, las *performances*, los talleres de formación, las celebraciones por algún éxito conseguido, la confección de pancartas, las charlas o una cena de aniversario. Se constituye así un espacio movimental donde diferentes situaciones de interacción se desarrollan de forma ritual, con intensidades emocionales variables y con una presencia relativamente normativizada de instrumentos simbólicos. Este continuo permite al activista recién llegado interiorizar los elementos que participan del ritual, la forma en que se distribuyen, el impacto esperado y la finalidad. Cada fórmula expresivo-simbólica, ya sean silencios, consignas euforizantes, abrazos colectivos o elementos estéticos (camisetas, disfraces, pancartas), tiene un lugar, un momento y una función en el ritual. Y cada ritual tiene sus normas, construidas colectivamente. Este proceso de formación de las lealtades afectivas acompaña también a la configuración de emociones morales

(Traïni, 2009), consistentes en sentimientos de aprobación o desaprobación de determinadas actitudes y comportamientos en el grupo. Así, actuar en defensa de las finalidades, valores y símbolos del grupo es lo correcto, mientras que actuar en nombre de otros intereses —egoístas, contrarios— es digno de sanción por la moralidad grupal. Tal como señala el activista PAH3: «Mi punto de vista, vienen y en el momento que tienen el problema solucionado, “adiós muy buenas y si te he visto no me acuerdo”, hombre, yo a veces se lo digo, no me parece bien».

Esta proyección moral desde la afectividad comunitaria, desde las emociones desarrolladas en el colectivo, es también uno de los efectos del ritual de interacción.

Yo digo que la PAH tiene el poder de convertir a una víctima en un activista... Y eso es fantástico, a mí, yo hablo por mí... Yo llegué hecha polvo a las asambleas; salías de allí y no te lo quitabas de la cabeza... Y a los pocos días, hostia, sí se puede (entrevista PAH4).

Tal vez han pasado unas semanas, probablemente meses, desde que el individuo llegó a la primera asamblea. La vergüenza, la culpa y la amenaza a su dignidad que sentía al principio se han diluido a través de la participación en los rituales de interacción a los que ha estado expuesto, y en los que, con distintas intensidades y frecuencias, se ha involucrado y ha participado activamente. El sujeto se encuentra con un repertorio emocional de amor, orgullo y entusiasmo, con una lealtad afectivo-moral hacia el colectivo que lo capacita para la acción política contenciosa.

Activación contenciosa

Esta última fase de activación es evidentemente política y deliberativa, de tal forma que el objeto sobre el que se proyectan las emociones ya es completamente otro. En la vida anterior a la participación en el movimiento, las emociones actuaban sobre la ruptura de las expectativas vitales, generalmente normativizadas, inoculadas desde el poder social, como se ha señalado anteriormente (proteger a la familia, obtener un salario digno, una casa propia, acceso a un bienestar material, etc.). No

obstante, una vez hemos avanzado en el proceso ritual de transformación cognitivo-emocional, los objetos de las emociones son básicamente dos. El primero, el colectivo, los miembros del grupo que han participado de su reparación emocional, un objeto sobre el que se proyecta confianza, alegría, orgullo (de pertenencia) y lealtad afectiva. El segundo, la agencia, es decir, la construcción cognitiva de la capacidad de revertir la situación de amenaza vivida sobre su reputación —orgullo y dignidad humana— por convertirla en oportunidad de lucha. Así, la iniciativa, la esperanza y el entusiasmo acompañan las formas discursivas, simbólicas, estratégicas y organizativas diseñadas para combatir la situación de amenaza.

Estas emociones dominantes, donde yace también la indignación, están ligadas a una voluntad de impacto, a una voluntad de cambio. El deseo de impacto (Jasper, 2012), de «producir un efecto sobre el mundo», es aquí uno de los mayores incentivos para la acción política del movimiento. Es, sin embargo, un impacto que incorpora al ritual una vertiente pragmática y contingente: la falta de cobertura social sobre el problema de salud de la compañera, el impago de salarios o la falta de vivienda se asumen como problemas propios del colectivo, y es éste quien le da solución. Así se introducen en las prácticas del ritual y en el discurso los criterios de eficacia y eficiencia. Discutir, valorar, luchar, conseguir, organizar o solucionar son los verbos de la indignación y la iniciativa. Esto no significa que los abrazos, los lloros o los aplausos, y en general los momentos de catarsis, hayan desaparecido; en absoluto, solo que la agencia discursiva incorpora elementos estratégicos y pragmáticos para generar acción contenciosa.

Usted tiene que venir y empoderarse, luchar por su casa, luchar por sus derechos, tiene que luchar... de que... tiene que defender su vivienda. Si usted no defiende su vivienda, yo no la puedo defender, yo no sé lo que tú quieres de tu casa (entrevista PAH5).

De hecho, cuando la PAH realiza obra social, es decir, ocupa un bloque de pisos para ofrecer una solución habitacional a miembros del colectivo, se despliega

un ritual de liberación que incluye el recibimiento a las familias, la guarnición del edificio con material expresivo del movimiento, se realizan parlamentos de bienvenida y de denuncia, exhibición de símbolos y cánticos, elementos que escenifican efervescencia colectiva y consonancia emocional.

En este sentido, en las fases iniciales, el estímulo del ritual, aquello que consigue generar energía emocional colectiva, pivotaba sobre la necesaria acogida y reparación de un individuo amenazado y avergonzado que había que rescatar: «Quien hoy o hace quince días estaba llorando, se sentía culpable, se quería suicidar y no sé qué, dentro de quince días está riendo, está haciendo cosas, está ayudando al de al lado, que quizá está en la misma situación» (entrevista PAH2).

Ahora también participan las pequeñas victorias del movimiento, como el ejemplo de la obra social o cuando se consigue detener un desahucio. Como comenta la activista PAH6: «No hay nada que genere más ganas de seguir luchando que una victoria, y la PAH ha tenido muchas pequeñas victorias». Estas victorias constituyen una medida de impacto —en términos instrumentales— que viene a ratificar el sentido de las prácticas y finalidades del movimiento, otorgando plausibilidad y mensurabilidad a los efectos del ritual de interacción.

De este modo, el valor estratégico de las acciones queda subsumido a su capacidad de generar consonancia emocional, sentimiento de membresía que asegure la actualización, ratificación y continuidad de los rituales de interacción, en sus múltiples formas, en el seno de los movimientos.

Finalmente, habría que reflexionar sobre una fase ulterior de transición emocional, que es la extinción de las emociones que están en la base de la producción de la acción colectiva. El hecho de no haber podido entrevistar a personas que ya no participan en los movimientos constituye una cierta limitación para interpretar este fenómeno. No obstante, hay que tener en cuenta que el proceso de agotamiento emocional individual y el abandono activista no tiene que ir

necesariamente ligado a la pérdida de efectividad del ritual, que es lo que aquí se ha pretendido demostrar, sino a otros tipos de factores particulares que considero que quedan fuera de este análisis.

CONCLUSIONES

En primer lugar, hay que hacer mención del protagonismo del sexo femenino en los procesos de transformación emocional y política que se han descrito. Desde el perfil sociodemográfico apuntado, que señala un escaso capital escolar, social y político, la hipótesis es la de trayectorias de socialización patriarcal (tradicionales) en las que la tenencia de vivienda en propiedad, la maternidad y el matrimonio se definen como hitos de certificación de la participación en la vida adulta. Desde aquí, se puede establecer que se produce un traspaso de tareas reproductivas, de cuidado, desde el ámbito doméstico al ámbito social y político del movimiento social. Como afirma Hochschild, por falta de otros recursos «las mujeres crean un recurso a partir de los sentimientos» (Hochschild, 1983: 163), en parte gracias a las capacidades de gestión de las emociones que se les exige desarrollar durante su socialización infantil de género (Jasper, 2012). Pero esta hipótesis debe ser matizada: lo verdaderamente relevante es la capacidad de reformulación de capital emocional en capital político/activista, de tal forma que las tareas de cuidado, reparación emocional, acompañamiento, escucha mutua y apoyo son asumidas y practicadas por todo el colectivo, al margen del sexo. Las mujeres se erigen así en sujeto promotor del cambio emancipador. Desde esta perspectiva, la socialización de género pasa a ser un factor explicativo significativo sobre la forma en que los movimientos sociales utilizan la afectividad y las emociones como recurso por la acción colectiva, proyectando significado político, de responsabilidad colectiva, sobre las tareas de cuidado.

En segundo lugar, algunos estudios sobre la relación entre las emociones y la construcción de la acción colectiva asumen como necesaria la presencia de emociones vitalizantes al inicio de la participación, bien en forma

de indignación, de orgullo, de frustración o como sentimiento de injusticia. Pero sin menospreciar su papel como emociones catalizadoras de la acción colectiva, el modelo de análisis de la transición emocional nos indica que el inicio de la participación del individuo se debe buscar en un momento emocional anterior. Este, situado en la entrada al movimiento, está definido por la función de acogida, que inaugura la participación en el ritual y que se explica, además, por la fase de acumulación previa. Así, las emociones presentes aquí son, como ya se ha dicho, la vergüenza, la culpa y la amenaza sobre la propia dignidad.

Por otro lado, asumiendo que la energía emocional colectiva está en la base de los procesos transformadores, hay que rebatir la noción de mercado emocional planteada por Jo (2009). Así, no se trata tanto de ofrecer distintos rituales de intensidades variables sino de garantizar la presencia de las condiciones facilitadoras del ritual en un acontecimiento concreto, como la asamblea. Dicho de otra forma, si se admite que la energía emocional es producto de las propias prácticas de los sujetos en la situación de interacción, estos no son consumidores, sino productores. Este cambio de rol del actor permite afirmar la existencia de incentivos simbólicos y emocionales que benefician la continuidad de la participación en el ritual. En este sentido, la continuidad del acontecimiento, en sus condiciones (emocionales) de interacción, permite completar la transición emocional en los términos apuntados. Las emociones proyectadas sobre el vínculo y sobre el impacto (entusiasmo, lealtad afectiva, esperanza, iniciativa) se configuran así en los ejes vertebradores de la consonancia emocional.

También cabe que señalar que, aunque se afirma que efectivamente el ritual posibilita la creación de símbolos nuevos, diferentes o contrarios a los del poder social, el modelo no llega a desarrollar con qué constricciones opera este sobre la propia configuración del ritual. Igualmente, se echa en falta la especificación de los tipos de emociones y su distribución en el ritual, cuestión que pretende de alguna forma paliar este artículo. Hay que admitir, sin embargo, la idoneidad del modelo de Jo (2009) a la hora de determinar los

elementos necesarios que participan en el ritual de interacción desde una perspectiva construccionista social e interaccionista simbólica, como la que comparte el presente escrito.

Finalmente, cabe afirmar que, para una mayor comprensión del impacto y del cambio social que

son capaces de generar los movimientos sociales, es necesario aplicar una sociología situacional, un análisis de las condiciones simbólicas en que se despliega la interacción y las prácticas de su vida interna, de la intimidad de los movimientos, atendiendo especialmente a la potencialidad transformadora de las emociones

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Berezin, M. (2001). Emotions and political identity: mobilizing affection for the polity. En J. Goodwin, J. M. Jasper y F. Poletta (eds.), *Passionate Politics* (pp. 83-98). Chicago: University of Chicago Press.
- Boiger, M. y Mesquita, B. (2012). The construction of emotions in interactions, relationships and cultures. *Journal of Emotion Review*, 4(3), pp. 222-229.
- Charmaz, K. (2006). *Constructing grounded theory*. Londres: Sage.
- Collins, R. (2009). *Cadenas de rituales de interacción*. Barcelona: Anthropos.
- Conde, F. (2009). *Análisis sociológico del sistema de discursos*. Madrid: CIS.
- Dubet, F. (2010). *Sociología de la experiencia*. Madrid: CIS.
- Enciso, G. y Lara, A. (2014). Emociones y ciencias sociales en el siglo xx: la precuela del giro afectivo. *Athena Digital*, 14(1), pp. 263-288.
- Flesher Fominaya, C. (2010). Creating cohesion from diversity: the challenge of collective identity formation in the global justice movement. *Sociological Inquiry*, 80, pp. 377-404.
- Glaser, B. y Strauss, A. (1967). *The discovery of grounded theory*. Chicago: Aldine Press.
- Giménez, F. (2017). *Movimientos sociales y construcción de subjetividades. Los casos de la PAH y de la CUP*, tesis doctoral, Universidad del País Vasco.
- Giménez, F. (2018). Desinstitucionalización de lo social y constitución del sujeto. El camino hacia la emancipación colectiva. En S. Martí, R. González, R. Gomà y P. Ibarra (eds.), *Movimientos sociales y derecho a la ciudad. Creadoras de democracia radical* (pp. 261-274). Barcelona: Icaria.
- Goodwin, J., Jasper, J. M. y Poletta, F. (2004). Emotional dimensions of social movements. En D. A. Snow, S. A. Soule y H. Kriesi (eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements* (pp. 413-432). Malden: Blackwell.
- Gould, D. B. (2001). Rock the boat, don't rock the boat, baby: ambivalence and the emergence of militant AIDS activism. En J. Goodwin, J. M. Jasper y F. Poletta (eds.), *Passionate Politics* (pp. 135-157). Chicago: University of Chicago Press.
- Gould, D. B. (2003). Passionate political processes: bringing emotions back into the study of social movements. En J. Goodwin y J. M. Jasper (eds.), *Rethinking Social Movements* (pp. 282-302). Lanham: Rowman & Littlefield.
- Gould, D. B. (2009). *Moving Politics*. Chicago: University of Chicago.
- Guillemette, F. (2006). L'approche de la Grounded Theory; pour innover? *Recherches qualitatives*, 26(1), pp. 32-50.
- Hochschild, A. R. (1983). *The Managed Heart: Commercialization of Human Feeling*. Berkeley: University of California Press.
- Honneth, A. (1995). *The Struggle for Recognition*. Cambridge: MIT Press.
- Jasper, J. M. (1997). *The Art of Moral Protest: Culture, Biography, and Creativity in Social Movements*. Chicago: University of Chicago Press.
- Jasper, J. M. (1998). The emotions of protest: affective and reactive emotions in and around social movements. *Sociological Forum*, 13, pp. 397-424.

- Jasper, J. M. (2006a). Emotion and motivation. En Goodin, R. y Tilly, C. (eds.), *Oxford Handbook of Contextual Political Studies* (pp. 157-171). Oxford: Oxford University Press.
- Jasper, J. M. (2006b). *Getting Your Way*. Chicago: University of Chicago Press.
- Jasper, J. M. (2012). Las emociones y los movimientos sociales: veinte años de teoría e investigación. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 10, pp. 48-68.
- Kemper, T. (1981). Social Constructionist and Positivist Approaches to the Sociology of Emotions. *American Journal of Sociology*, 87(2), pp. 336-362.
- Lazzarato, M. (2006). *Políticas del acontecimiento*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Leventhal, H. y Tomarken, A. J. (1986). Emotion: today's problems. *Annual Review of Psychology*, 37, pp. 565-610.
- McCarthy, E. D. (1994). The Social Construction of Emotion, new direction for culture theory. *Journal Social Perspectives of Emotions*, 2, pp. 267-279.
- Miles, M. y Huberman, M. (1984). *Qualitative data analysis. A sourcebook of new methods*. Londres: Sage Publications.
- Nussbaum, M. C. (2001). *Upheavals of Thought*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Polletta, F. y Jasper, J. M. (2001). Collective identity and social movements. *Annual Review of Psychology*, 27, pp. 283-305.
- Ricceri, M. (2011). Europe and social precarity - Proactive elements for system interventions. En A. P. Hermann y S. Kalaycioglu (eds.), *Precarity. More than a Challenge of Social Security. Or: Cynicism of EU's Concept of Economic Freedom*. Bremen: Europäischer Hochschulverlag.
- Scheff, T. J. (1994). *Bloody Revenge: Emotions, Nationalism, and War*. Boulder: Westview.
- Schierup, C. U. y Bak Jørgensen M. (eds.) (2016). *Politics of Precarity: Migrant conditions, struggles and experiences*. Leiden & Boston: Brill Academic Publishers.
- Tejerina, B. (2010). *La sociedad imaginada. Movimientos sociales y cambio cultural en España*. Madrid: Trotta.
- Traïni, C. (ed.) (2009). *Emotions... Mobilisation!* París: Sciences Po.
- Wood, E. J. (2003). *Insurgent Collective Action and Civil War in El Salvador*. Nueva York: Cambridge University Press.

CÓDIGOS DE ENTREVISTAS Y GRUPO DE DISCUSIÓN

Grupo de discusión 1:

GD1D1: Mujer activista-afectada*, 50-55 años, sin trayectoria activista previa, promotora PAH Baix Montseny (Barcelona).

Entrevistas:

PAH1: Mujer activista-afectada, 35-40 años, miembro de la asamblea local PAH Sant Celoni (Barcelona), sin trayectoria activista previa.

PAH2: Mujer activista-afectada, 35-40 años, promotora de la asamblea local PAH Badalona, militancia previa en el PSUC (Partido Socialista Unificado de Cataluña) y asociaciones de vecinos.

PAH3: Mujer activista-no afectada, 45-50 años, promotora de la asamblea local PAH Badalona, militancia previa en el PSUC y ICV (Iniciativa per Catalunya Verds).

PAH4: Mujer activista-no afectada, 55-60 años, promotora de la asamblea PAH Gironès (Girona), militancia previa en CC.OO. (Confederación Sindical de Comisiones Obreras).

* Afectada por un proceso de ejecución hipotecaria.

PAH5: Mujer activista-afectada, 55-60 años, miembro de la asamblea PAH Gironès, sin trayectoria activista previa.

PAH6: Mujer activista-afectada, 50-55 años, sin trayectoria activista previa, miembro de la PAH Baix Montseny (Barcelona).

NOTA BIOGRÁFICA

Doctor en Sociología por la Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea, UPV/EHU. Actualmente es profesor de secundaria en el instituto Ribot i Serra, de Sabadell, de la especialidad de Intervención Sociocomunitaria. También es profesor asociado de la Universitat de Barcelona en el departamento de Didáctica y Organización Educativa. Las principales líneas de investigación actuales son los procesos de construcción social de los movimientos sociales: identidades colectivas, marcos de acción colectiva, subjetividades y emociones.

